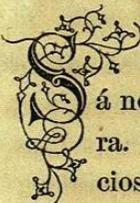


XVIII.

De lo que pretendia D^a Inés de D^a Laura, y de lo que consiguió.

UBIA rápidamente el muro que fabricaban los criados de D^a Inés de Medina, y llegó por fin á no dejar descubierto mas que el rostro de D^a Laura. Entonces D. Guillén, que presenciaba silenciosamente la operacion, hízoles señal de que se retirasen, y quedó solo con la emparedada.

D^a Laura no jemia; miraba solo con asombro al Señorito, que permanecía en pié delante de ella, cubierto el rostro con el antifaz de terciopelo y teniendo en la mano el farol que habia alumbrado la operacion.

Pocos momentos despues se escuchó el rumor de unos pasos y el crujir de una falda de seda, y D^a Inés penetró en el espacio iluminado que bañaban los rayos de la luz del farol.

Traia el rostro cubierto tambien con una mascarilla.

D^a Laura la miró con cierta curiosidad mezclada de asombro; creia estar soñando.

D^a Inés llevaba descubierto el cuello y mostraba parte

de su bellissimo seno; vestia un rico traje de brocado azul y blanco, y á pesar del antifaz, cualquiera habria podido adivinar que era una mujer hermosa.

—¿Quedó bien así?—dijo el Señorito alumbrando el muro y el rostro de D^a Laura.

—Sí, amor mio—contestó D^a Inés, y como si se hubiera preocupado muy poco de que D^a Laura la miraba, acarició coquetamente y como para dar las gracias al Señorito.

D^a Laura seguia observando sin lanzar una sola queja.

—Quítale la mordaza—dijo D^a Inés.

El Señorito metió los brazos por el agujero del muro y desató la mordaza que tenia aun D^a Laura.

La pobre dama aspiró con delicia el aire que penetraba entonces mas libremente á sus pulmones.

—Ahora, podemos hablar—dijo D^a Inés—y si os conviene contestarme, podeis hacerlo con entera confianza, pero os advierto que si os negais á lo que tengo que pedir, en un momento el muro acabará por cerrarse enteramente, y ya sabeis lo que eso quiere decir; al paso que si sois dócil, yo os pondré libre y en estado de volver á ser feliz.

D^a Laura calló.

—Escuchadme, señora, habeis recibido de manos de uno de vuestros amigos, unos papeles que pertenecian, ó mejor dicho, que pertenecen al marqués de San Vicente; entregadme esos papeles, decidme al menos en dónde están y quedareis libre.

D^a Laura sintió en su corazon un dolor horrible, porque su primera idea fué que D. Lope la habia traicionado, que él tenia parte en aquella trama infernal.

—Hablad, señora; ¿en dónde están esos papeles?

—No lo sé, ni sé quién sois vos para exijírmelos.

—D^a Laura—continuó finjiendo una gran dulzura D^a Inés—mirad que nada conseguiríais con negármelos, yo tengo seguridad de que una persona os ha entregado esos papeles.

—¿Y quién es esa persona?—dijo D^a Laura.

—Nada tengo yo que contestaros, que aquí solo á mí corresponde el papel de juez. ¿En dónde teneis esos papeles?.

—No sé.

—¿No sabeis, ó no quereis decir?

—No quiero decir. ¿Quién sois vos, mujer infame, para exijirme de esa manera semejante confesion?

—¿Quién soy yo?—esclamó D^a Inés dejándose arrastrar de su carácter violento—¿quién soy yo? ya me lo habeis preguntado dos veces, y no quiero dejaros ya en la duda porque estoy resuelta á obtener de vos esos papeles, ó á dejaros morir de hambre entre esas paredes; ¡mirad quién soy! ¡recordadme, D^a Laura!

D^a Inés arrancó violentamente con una de sus manos el antifaz que encubria su rostro, al mismo tiempo que con la otra quitó el farol al Señorito, y le alzó hasta la altura de la cabeza.

D^a Laura la reconoció en el momento y lanzó un grito de horror esclamando:

—¡D^a Inés! D^a Inés!

—Sí, D^a Laura; D^a Inés soy, y ya podeis comprender si me dejaré burlar por vuestra resistencia.

—Oh! ya comprendo, ya comprendo de todo lo que sois capaz; vos, la mujer infame que denunció á D. José de Mallades; vos, la causa de su ejecucion; apartaos, monstruo, que aun miro en vuestra frente y en vuestras manos la sangre de la víctima....

D^a Inés, ante aquel recuerdo, evocado así repentinamente por D^a Laura, á quien creia ignorante de todo, se puso pálida y vaciló.

—Infame, cien veces infame—continuó D^a Laura con terrible exaltacion—te desprecio: mátame, cierra de una vez este muro; la pared misma que me separará para siempre del mundo y me cause la mas horrorosa de las muertes, será bendita para mí porque me libraré para siempre tambien de tu odiosa presencia....

—¿Conque es decir—esclamó D^a Inés sintiendo una especie de reaccion de odio y de furor—es decir que tú conoces ese secreto? pues bien, despídete para siempre de toda esperanza; morirás, morirás, desgraciada, pero no como tú crees, no, ese muro no se cerrará: así, así procuraré prolongar tu vida y tu agonía; porque no sé la razon, pero te he odiado siempre instintivamente con toda la fuerza de mi alma, y temblaba ante la idea de que tú pudieras declarar en dónde estaban los papeles del marqués; esto me habria obligado á ponerte en libertad, cuando lo único que yo anhelaba era tu muerte.

—Esos papeles, ¡jamás llegarán á tu poder!

—Aun cuando perdiera toda mi fortuna no me importaria como tú estuvieras en mi poder; pero así como te tengo, para poder martirizarte á mi entera satisfaccion, para poder gozarme en tu agonía: porque instintivamente, te lo repito, tú has sido siempre el grande odio de mi vida.

—Y yo te desprecio; desprecio tu odio y tus amenazas, y tus tormentos y la muerte misma que me venga de tu manó, y reiré siempre de tí como ahora rio, y como reia cuando no alcanzaste en premio de tus artificios vulgares, mas que el desprecio de D. Fernando de Valenzuela.

D^a Laura, como una loca, lanzó una carcajada sardónica, que repitió lúgubrementel el eco sordo de la bóveda.

D^a Inés, con los ojos inyectados, y como queriendo salirse de sus órbitas, con los dientes apretados, con los brazos tendidos hácia adelante y las manos crispadas, se lanzó sobre D^a Laura, de la que solo podia descubrir el rostro.

El Señorito comprendió que iba á pasar allí algo mas horrible de lo que él estaba acostumbrado á ver, y sujetó á D^a Inés de la cintura para separarla de allí.

Pero D^a Inés habia alcanzado ya con su mano derecha la pared que cubria la puerta del nicho en que estaba encerrada D^a Laura, y se aferró con toda su fuerza de aquella pared para que el Señorito no la apartase.

Sin duda D. Guillen no habria logrado arrancarla de allí, porque aquella mano parecia un garfio de acero; pero repentinamente D^a Inés lanzó un grito agudísimo; era que D^a Laura habia logrado alcanzar con sus dientes uno de los dedos de aquella mano y apretaba y mordía con una especie de rabia.

El dolor que sufría D^a Inés era tan agudo que vacilaba y estaba próxima á desmayarse.

El Señorito procuró arrancar la presa á D^a Laura, pero D^a Laura no era ya la mujer dulce y resignada; no, era una fiera. Su respiracion salia ajitada por sus narices, cuyos poros se habian dilatado estraordinariamente; sus ojos arrojaban llamas, apretaba los dientes con una especie de convulsion nerviosa que maceraba la carne, que rompía el hueso, y de sus labios corria mezclada con la espuma de la cólera la sangre que vertía la mano de D^a Inés.

—Soltad—soltad—gritaba espantado el Señorito.

—Me muero—decía D^a Inés retorciéndose con la fuerza del dolor, y llorando ya—me muero.

—Suelta, suelta—repetía D. Guillen golpeando la hermosa frente de D^a Laura y sus ojos.

Pero D^a Laura apretaba mas y mas y no contestaba sino por medio de un rujido.

Entonces D. Guillen tuvo una inspiracion y cubrió con su mano rápidamente la nariz de D^a Laura, para impedir la que respirara.

El remedio era infalible, porque la emparedada no podia hacer uso de sus brazos, resistió por un momento la sofocacion. Poco á poco sus dientes se abrieron y D^a Inés retiró la mano; pero era ya tarde, el dedo de la dama estaba completamente despedazado.

D^a Inés lanzó un débil jemido, dió dos pasos vacilando y cayó desmayada en los brazos de D. Guillen que se habia apresurado á socorrerla.

D^a Laura la miró con una alegría feroz; luego como un tigre harto de sangre lamió la de D^a Inés que habia quedado en sus labios, y lanzó una estridente carcajada que hizo helar de espanto al Señorito.

D^a Laura habia perdido la razon.